

gueantes, de los arcabuces donde dormía el rayo, se abría paso, de cuando en cuando, el ritmo de una lírica que traída de allende el mar, empezaba a sentirse más libre en el ambiente colonial, y a producir obras de artificio, con frecuencia más sobrecargadas de retórica que los modelos a que se sujetaban.

De allí Francisco de Terrazas; de allí Salvador Cuenca y Bernardo de Balbuena y Antonio Saavedra Guzmán. La exuberancia de la tierra, la novedad del medio, influían lentamente en el gusto literario, multiplicaban adornos y licencias, y daban a la poesía castellana un leve tinte, un suave matiz indígena que era ya una ligera contaminación, una tentativa de acomodación al nuevo ambiente. La sencillez de los primeros poetas del *Siglo de oro*, halla facilidad y libertad en Nueva España para acrecentar dos defectos que van a seguir a la poesía mexicana a través de toda una época, y más allá de ella todavía: el prosaísmo y la afectación.

«La lengua escrita—dice un eminente crítico nuestro, el señor don Joaquín García Icazbalceta—siguió los mismos pasos que en España. Llana, castiza y grave en los principios, aunque no siempre galana, tomó desde temprano un color de culteranismo, que trascendió a la conversación, como atestigua el doctor Cárdenas, al re-

comendar las *razones bien limadas y sacadas de punto* que usaban los criollos, y que en realidad no eran sino frases conceptuosas y rebuscadas. En terreno tan bien preparado cayeron las instrucciones de los jesuitas, que algo de aquello traían ya, y que con los cursos de retórica, las arengas, los certámenes y el estímulo incesante de los ingenios para competir en agudeza más bien que en profundidad, exageraron la *trascendencia* de los criollos, que se fué por aquel agradable camino y vino a convertirse en sutileza y depravación del buen gusto, no bastante bien defendido con el estudio de los clásicos antiguos. De ese modo se fué extendiendo el contagio que ya empieza a sentirse en algunos versos de Esclava, y que luego tomó creces, fomentado desde España, hasta darnos en el siglo siguiente infinidad de poetas gongorinos, con un historiador como el padre Burgoa, y en el XVIII un Cabrera, acompañado de una nube de versistas ilegibles y de predicadores gerundianos.»

Mostrar a ustedes ejemplares de esa literatura del siglo XVI colonial, ni vendría a propósito, dado lo sintético de este curso, ni yo ahora encontraría, tal vez, documentación suficiente en las bibliotecas de Buenos Aires, ni quizá dejaría de producir desazón y fastidio en el auditorio. Pero como una curiosidad, quiero sacar del mon-

tón de joyas falsas y gemas de vidrio de la poesía a que me estoy refiriendo, este soneto de Francisco de Terrazas, y que ha sido muy celebrado en diversas antologías. (Terrazas nació en México y fué hijo primogénito del conquistador del mismo nombre, del cual dice Bernal Díaz del Castillo haber sido mayordomo de Hernán Cortés y persona preeminente):

Dejad las hebras de oro ensortijado
que el ánima me tienen enlazada,
y volved a la nieve no pisada
lo blanco de esas rosas, matizado.

Dejad las perlas y el coral preciado
de que esa boca está tan adornada,
y al cielo, de quien sois tan envidiada,
volved los soles que le habéis robado.

La gracia y discreción que muestra ha sido
del gran saber del celestial maestro,
volvédsele a la angélica natura;

y todo aquesto así restituído,
veréis que lo que os queda es propio vuestro:
ser áspera, cruel, ingrata y dura.

Por aquel tiempo, un hombre de letras, des-

cediente de la nobleza azteca e historiador interesante, D. Fernando de Alva Pimentel Ixtlilxochil, vertió de la lengua Nahuatl, en rima castellana, algunos cantares del rey Netzahualcoyotl. Este punto me da la ocasión de decir una sola palabra, una sola, acerca de la poesía precortesiana. Los indios, que habían observado los astros; que habían hecho la división del tiempo; que habían construído monumentos de solemne grandeza; que habían modelado a golpes de obsidiana relieves exquisitos, esculturas extraordinariamente elocuentes de hombres y dioses; que habían hecho primores cerámicos en sus vasos de arcilla, de pórfido y de jade; que aprovechaban las plumas de sus aves, las pieles de sus fieras y el oro de sus ríos para las artes suntuarias; que empezaban ya, en sus pintorescos códices, a vislumbrar la escritura fonética, ¿habían alcanzado la suprema cultura de la poesía lírica, subjetiva, individual, que es la confesión y la revelación de una alma frente al espectáculo del Universo? Es de ponerse en duda. En primer lugar, no tenemos datos absolutamente seguros. En segundo lugar, el carácter de esta civilización nos obliga a pensar en que las formas de su poesía eran más bien la del himno religioso y la del cantar épico. (Las formas colectivas.) Las costumbres guerreras, las ceremonias litúrgicas, los bailes sa-

34500

grados, la música áspera, combinada con instrumentos de notas huecas y de voces agudas, de percusión y de aliento, el *teponanaxtle*, el *caracol*, sugieren la idea del canto frente al *teocalli* ensangrentado y el dios monstruoso; o del coro tremendo del ejército envuelto en una nube de flechas. El *nahuatl*, entre los idiomas autóctonos, es dulce y melodioso, con sonidos licuados como notas de flauta rústica, y, por esencia aglutinante, posee ya desinencias y terminaciones verbales que le dan un poco el aspecto de flexional; esto, agregado a sus condiciones prosódicas, lo capacitan para el ritmo y para la rima. Un historiador de nuestra vida precortesiana dice que «no conocemos muestras de aquella poesía, pues las que andan impresas o en manuscritos son obras posteriores a la conquista. Mas sí sabemos que los reyes tenían sus cantores, acaso músicos y poetas a la vez, que les componían cantares de las grandezas de sus antepasados, de sus victorias y linajes. Había otros que componían cantares divinos en alabanza de sus dioses».

Este pasaje nos afirma la hipótesis de una epopeya fragmentaria, primitiva y breve, hecha por aquellos juglares rudos en las cortes fastuosas henchidas de oro labrado, plumas de quetzal y collares de conchas y cuentas de colores; y de

un ritual poético en honor de los simbólicos monolitos de los templos.

En el caso concreto de Netzahualcoyotl, la duda se acrecienta estimulada por el buen sentido. Los cantares de este rey han sido tema de estudios en los que hay mayor cantidad de fantasía que de seria investigación. Un hombre de su época, de su raza y de su tiempo, indudablemente soñador, porque de sus sueños parece que quedan vestigios en sus comarcas de Texcoco, pero cruel, feroz, impregnado hasta la médula de sus creencias idolátricas, de sus profundas teogonías, no era posible que se imaginase a un Dios único, misericordioso y tranquilo. La vida misma de este soberano prototipo de valor y de arte, se opone a ello. No; ni la canción al Dios único, ni los consejos a una doncella que va a casarse, ni los demás lirismos atribuidos a Netzahualcoyotl, concuerdan con aquella civilización, con aquel estado social, fundados en un concepto de la vida absolutamente diverso del que impuso la austera y devota España del siglo XVI. Esas canciones traducidas por D. Fernando de Alva Pimentel Ixtlilxochitl vuélvense en castellano odas acompañadas, unciosas, con viejas imágenes que recuerdan las de fray Luis de León, y con un sentido de misticismo falso que suena a lección áulica de una cátedra de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MÉXICO

Retórica como la de Cervantes Salazar. Y el error consiste, probablemente, en el afán de los primeros cronistas, de los pacientes frailes, que a todo trance buscaban ocasión para propagar su fe y su doctrina. El espíritu sencillo de estos misioneros admirables estaba de continuo vuelto hacia la leyenda cristiana; y por eso, en el torpe relato que arrancaban de los labios trémulos de los indios, creían encontrar semejanzas con los episodios de los libros sagrados. Yo he podido comprobar, por ejemplo, que en la *Crónica de Torquemada*, una de las obras de mayor interés y sinceridad de aquellos sabios insignes, la vida de Netzahualcoyotl, contada con una simplicidad encantadora, es una adaptación de la bíblica vida del rey David, sin que falte a la narración del cronista franciscano ni una Betzabé india que encienda los apetitos del monarca texcuano, ni un Urías abnegado que sufra una traidora muerte, indigna de su lealtad. Recordando este pasaje, que tuve la oportunidad de estudiar, deseo aclarar la tendencia a hacer de Netzahualcoyotl otro rey poeta que, como el de los Salmos, cante la grandeza de Dios. Hay en estas supercherías, no tan sólo un yerro explicable, sino también un fondo de cándida buena fe. La piedad de estos grandes educadores llevaba algunas veces su sabiduría hasta el pérfido lími-

te del engaño. Es dudosa, pues, la existencia de la lírica indígena. No se han encontrado fundamentos sólidos en qué sostenerla. Tal vez alguna breve galantería, alguna suave queja erótica, pequeñas como un *Uta* japonés, se hayan deslizado desde aquellas edades magníficas, y de boca en boca, la tradición oral, las haya dejado en poder de los exuberantes poetas coloniales que los transformaron en silvas petrarquistas y odas esponjadas.

Pero si en la lírica de los siglos XVI y XVII no entra el poeta precortesiano, en cambio, para las formas dramáticas sí estaba preparado el indio, y pudo ayudar como elemento utilizable en el desarrollo del teatro.

El baile de que más gustaban los mexicanos—dice Durán—«era el que con aderezos de rosas se hacía y se coronaban con ellas. Levantaban en el *teocalli* una casa de rosas, y formaban a mano unos árboles llenos de olorosas flores; colocaban en esa casa o enramada a su diosa *Xoquiquetzalli*, y, mientras bailaban, descendían unos muchachos vestidos como pájaros, y otros como mariposas, muy bien aderezados de ricas plumas verdes y azules, rojas y amarillas, y subíanse por esos árboles y andaban de rama en rama fingiendo que chupaban el rocío de aquellas rosas. Luego salían unos danzantes, vestidos

con los trajes de los dioses, y con sus cerbatanas simulaban tirar a los pájaros fingidos que andaban por los árboles. La mujer disfrazada de *Xoquiuetzalli* salía a recibirlos, y llevándolos a sentar junto a ella, en la enramada, les daba rosas y hojas de tabaco para que fumasen».

Del mismo modo relata Durán que había también otro baile en el cual los danzantes se disfrazaban de viejos corcovados, y añade el cronista que no era poco donoso sino de mucha risa.

Estos y otros bailes ofrecían caracteres pantomímicos y fisonomía de embrionarias representaciones dramáticas.

No les fué difícil a los sacerdotes cristianos implantar, para provecho de su enseñanza, el drama religioso, las moralidades, los misterios, los autos sacramentales arreglados a la mentalidad de los indígenas, que hacían de actores, primero en el interior de los templos, luego en los atrios y más adelante en calles y plazas, por la gran afluencia de espectadores. Esta costumbre de las representaciones religiosas, ha subsistido hasta los días que corren. Yo alcancé a presenciarlas, con una curiosidad un poco irónica y otro poco tierna, en algunos pueblecillos de los alrededores de la capital mexicana.

Los indios trasladaban sus costumbres. Los bailes sagrados volvíanse pasos y escenas de la

Pasión cristiana. Sus idiomas, aprendidos por los frailes, eran estudiados con atención, y, aunque dificultosamente, eran escritos y analizados en sus componentes fonéticos y en su estructura gramatical. Hacia 1537 y 38 se había establecido la imprenta en México. De ella se valieron desde luego, como de precioso instrumento, los religiosos educadores. La bibliografía del siglo XVI está llena de dos géneros de libros: de los que enseñan religión y moral, y de los que examinan lenguas indígenas; de Catecismos de doctrina cristiana y de vocabularios de nahuatl, tarasco, misteca y zapoteca. Y no es raro encontrar libros devotos escritos en alguna de estas lenguas. Libros de entretenimiento y de arte, hubo muy pocos al principio. La propaganda de la fe apenas les dejaba sitio. La poesía profana sonaba, pero no se multiplicaba en papel impreso. Tras de ser escuchada en colegios, concursos y certámenes, refugiábase en los cajones de los viejos pupitres, y esperaba impaciente su hora de andar de mano en mano, ya que de boca en boca había volado por tanto tiempo.

Pero ya a mediados del siglo XVII eran muchos y variados los libros de literatura y de historia. A las guías de aprendizaje religioso; a las crónicas interesantísimas de los misioneros—mucho tiempo después habían de conocerse la cró-

nica de Bernal Díaz del Castillo y las Cartas de Don Hernando Cortés; a esas crónicas, en particular las de Torquemada y Sahagún, a los tratadosteológicos de fray Alonso de la Veracruz, a los diálogos de Cervantes Salazar, sucedieron obras de todo género, y el verso coruscante y la prosa amanerada inundaron las imprentas y se extendieron por todos los ámbitos de la Colonia. Los volúmenes que llegaban de la Península y los que en México se editaban, y que se referían, unos y otros a asuntos de Nueva España, iban formando una bibliografía nacional cada vez más rica. *La Grandeza Mexicana*, de Bernardo Balbuena; *El Peregrino Indiano*, de Saavedra Guzmán, pesado poema, compuesto según el modelo de las epopeyas artificiales, y en cuyas octavas altisonantes anida el aburrimiento; los coloquios de González Eslava, contenían asuntos, alusiones, descripciones, tipos o caracteres de la nueva sociedad, y anunciaban una modalidad indecisa todavía, mas con rasgos nuevos, con vocablos regionales para nombrar vestimentas, plantas y personajes, con modismos recién adquiridos, y, sobre todo, con un afán de profusión ornamental que intrincaba los conceptismos y culteranismos y que producía la sensación de un mañorral compacto por exceso de savia.

Todo ello acontecía en los grupos de selección

que se levantaban sobre los macizos y extensos cimios del analfabetismo indígena, que, aun hoy, no se han reducido ni debilitado, y que constituyen, desde el punto de vista del futuro nacional, un problema como el de Hamlet: el de ser o no ser.

En este laberinto gongórico nacieron y se abrieron dos maravillosas flores de arte, que sin dejar de sufrir la influencia ineludible del ambiente, esparcieron sobre la mediocre aunque pródiga producción de su época, la inmortal fragancia del genio. A dos espíritus selectos me refiero: a D. Juan Ruiz de Alarcón y a Sor Juana Inés de la Cruz.

El corcovado, a quien motejó Quevedo en una conocida letrilla y en un zumbón epigrama, y a quien Tirso de Molina estimó digno de escribir comedias con él, vivió largos años en la Corte de los Felipes. Allí alcanzó fama y honores; allí amó y sufrió; allí probó la miel de la gloria amargada con el zumo de la envidia. Antes de entregarse a sus graves ocupaciones del Consejo de Indias, tuvo tiempo para imaginar, planear y versificar aquellas impecables obras de teatro que funda-

ban en España la literatura dramática de tendencia moralizadora y docente, y daban a Francia materiales para que dramaturgos excelsos siguiesen su orientación, imitasen sus tipos y hasta copiasen sus argumentos. El Parnaso español lo reclama, lo llama suyo, y en la historia de las letras castellanas lo ha colocado junto a Lope de Vega y a Calderón de la Barca. Pero durante la vida de este hombre, atormentado por su defecto físico que le hacía blanco de burlas y panoplia de epigramas, durante una vida en lucha abierta con el destino y la malignidad, D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza se oyó llamar en los salones de Palacio, en los corrillos de los poetas cortesanos, en el cuarto de los comediantes de los corrales, el *Indiano*. Se le señalaba como a un intruso; se le marcaba, con cierto desprecio, su procedencia; se le echaba en cara su pecado de origen.

Era, en efecto, un *indiano*. Nacido en 1580 o 1581, en la capital de Nueva España, según sus propias declaraciones, vástago de una familia hidalga, de limpio abolengo, había, desde muy mozo, y en virtud de la precocidad de su talento, entrado en las aulas de la Universidad mexicana, en donde comenzó y casi terminó sus estudios para el bachillerato en Cánones. Ansioso de espacio en que abrir las alas de su ingenio, partióse pronto a España; hízose en Salamanca

bachiller en Cánones y Leyes; siete años estuvo ausente de América, viviendo la existencia desenfadada y pobre del estudiante español, letrado y poeta por añadidura; y al cabo de ese tiempo, tornóse a sus lares, y en 1609 solicitó de la Universidad mexicana el grado de licenciado en Leyes, y, obtenido éste, trató luego de adquirir el de doctor de la misma facultad, para lo cual pedía se le hiciese merced de dispensarle de la *pompa, por ser tan pobre como constaba á su señoría*—es la frase del memorial de Ruiz de Alarcón—. Después, los fríos documentos universitarios, anotan sus esfuerzos por adquirir bienestar económico y posición social; dicen que entró en oposición áulica para obtener diversas cátedras, sin lograr sus propósitos; y en su inquietud por alcanzar el triunfo, vuelve Ruiz de Alarcón a embarcarse, rumbo a la Península Ibérica, hacia los años de 1613 o 14. La fortuna comenzó entonces a sonreírle. Fué autor famoso, hombre de honores y hasta se sospecha que, a pesar de la joroba en que, como dentro de una concha se escondía un corazón altísimo, alguna célebre comediante tejió con el *Indiano* una apasionada aventura de amor. Pero si allá lo ensordecieron los vítores del triunfo y las murmuraciones de la maledicencia, fué Nueva España la que imprimió un suave carácter a su poesía, la que puso en las almas soña-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

das por él una ternura más dulce y melancólica que la que expresaban los otros ingenios; una cortesanía más blanda, un comedimiento más subrayado en sus galanes, y una ingenuidad más amorosa en sus damas (1). Rasgos son todos del espíritu criollo, de la vida mexicana, del ambiente espiritual; rasgos que aún persisten en mi país, y que se revelan con clara precisión, como tendré ocasión de manifestarlo, a través de toda nuestra expresión literaria. El recuerdo de México no abandonó a Alarcón jamás. Aunque no frecuentemente, en sus comedias, en *La Cueva de Salamanca*, en *El Semejante a sí mismo*, hace alusiones o descripciones novohispánicas. Era natural; su juventud, su cultura, sus combates por la adversidad, debieron de ser inolvidables para el *Indiano*. Fué, en cuanto a su conformación psíquica, un hombre de México. España pudo cincelar la escultura; el bloque nos pertenece; es de mármol americano.

Ruiz de Alarcón, sin embargo, por peculiaridad individual probablemente, careció de un distintivo de la época y del medio. Su estilo no es exuberante; es, por el contrario, sobrio y neto.

(1) Recuerdo aquí los conceptos que, acerca de Ruiz de Alarcón, expresó en un excelente estudio, Don Pedro Henríquez Ureña.

En cambio, la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz es el prototipo de la lírica enmarañada, retorcida y pomposa. Es verdad que Sor Juana nació cuando hacía más de diez años que Alarcón había muerto; cuando el desenfreno retórico, el abigarramiento, la obscuridad de las imágenes y el tormento inquisitorial de los conceptos, se extendían por todas las literaturas y hallaban terreno fértil en Nueva España para sembrar y cosechar la semilla del preciosismo. ¿Cuál no sería la fuerza mental y sentimental de Sor Juana, cuando por debajo del laberinto verbal, de la intrincada ramazón de la frase, del enfático rebuscamiento de las antítesis, del forzado sentido de las paráfrasis, asoma el poder de un pensamiento muy vigoroso, y conmueve el latido de una muy sincera emoción?

Juana de Asbaje nació al pie de los volcanes del Valle de México, de madre criolla y padre vizcaíno, en un pueblo pequeño, de casas de adobe, iglesia humilde, plaza solitaria y árboles polvosos; alrededor, chozas de indios y campos de agave y de maíz, y en el horizonte la visión blanca del Ixtlaxiuhatl y el Popocatepetl, destacándose entre el azul de piedra preciosa de la montaña

y el aire azul del cielo. La precocidad de esta niña es enfermiza. Si hemos de creerla, porque aunque sea *contra ella Dios le ha dado la merced de un grandísimo amor a la verdad* (es frase suya) no cumplía aún tres años cuando se sintió arrebatada del deseo de leer. Y lo cuenta así:

«Prosiguiendo en la narración de mi inclinación (de que os quiero dar entera noticia), digo que no había cumplido los tres años de mi edad cuando, enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que se enseñase a leer, en una de las que llaman *Amigas*, me llevó a mí tras ella el cariño y la travesura; y viendo que le daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la *maestra*, la dije *que mi madre ordenaba me diese lección*. Ella no lo creyó, porque no era creíble; pero por complacer al donaire, me la dió. Proseguí yo en ir, y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia; y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía cuando lo supo mi madre, a quien la *maestra* lo ocultó por darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto; y yo lo callé, creyendo que me azotarían por haberlo hecho sin orden. Aún vive la que me enseñó (Dios la guarde) y puede testificarlo.

»Acuérdome que en estos tiempos, siendo mi

golosina la que es ordinaria en aquella edad, me abstenía de comer *queso*, porque oí decir que hacía rudos, y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer, siendo éste tan poderoso en los niños. Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costuras, que deprehenden las mujeres, oí decir que había Universidad y escuelas en que se estudiaban las ciencias, en México; y apenas lo oí, cuando empecé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos, sobre que, mudándome el traje, me enviase a México, en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad; ella no lo quiso hacer (y hizo muy bien), pero yo despiqué el deseo en leer muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones a estorbarlo; de manera que cuando vine a México se admiraban, no tanto del ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenía, en edad que parecía que apenas había tenido tiempo para aprehender a hablar.» (Respuesta de la poetisa a la muy ilustre *Sor Filotea de la Cruz*.)

A los nueve años, esta chicuela marisabida, llena de gracia y hermosura, era la admiración de la colonia. El virrey Mancera la llamó al Palacio, y tan cautivados quedaron de ella los privados y familiares de D. Antonio Sebastián de Toledo, el marqués, que, desde aquel punto, la niña Juana fué nombrada dama de honor de la virreyna. En aquella corte, un tanto suntuosa y otro tanto licenciosa, como solían ser las cortes de esas épocas, crecieron el entendimiento y la belleza de la muchacha. Los oidores y letrados le proponían cuestiones jurídicas y metafísicas; los frailes y clérigos de Palacio presentábanle problemas teológicos; las mujeres la envidiaban; cortejábanla los galanes. Era graciosa y portentosa. Su fama se esparció tanto que cruzó los mares, y a España llegó envuelta en las hipérboles de la admiración. Juana de Asbaje no sólo devoraba libros, sino que escribía versos. Gongóricos, afectados y cargados de mitología son los suyos; pero brillantes y sonoros como limpia y áurea moneda. Una de las impresiones de ese período de su vida parece estar descrita en estos dos sonetos, que son algo así como un par de juguetes retóricos:

SONETO

Resuelve la cuestión de cuál sea pesar más molesto en encontradas correspondencias, ¿amar o aborrecer?

Que no me quiera Fabio al verse amado,
es dolor sin igual, en mi sentido,
mas que me quiera Sylvio aborrecido,
es menor mal, mas no menor enfado.

¿Qué sufrimiento no estará cansado,
si siempre le resuenan al oído,
tras la vana arrogancia de un querido,
el cansado gemir de un desdeñado?

Si de Sylvio me cansa el rendimiento,
a Fabio canso con estar rendida:
si de éste busco el agradecimiento,

a mí me busca el otro agradecida:
por activa y pasiva es mi tormento,
pues padezco en querer y en ser querida.

SONETO

Prosigue el mismo asunto, y determina que prevalezca la razón contra el gusto.

Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor, hallo diamante;
y soy diamante, al que de amor me trata;
triunfante quiero ver al que me mata
y mato a quien me quiere ver triunfante.

Si a éste pago, padece mi deseo;
si ruego a aquél, mi pundonor enojo:
de entrambos modos infeliz me veo.

Pero yo, por mejor partido escojo,
de quien no quiero, ser violento empleo,
que de quien no me quiere, vil despojo.

Y cuando a poco andar, la dama de la virrey-
na, que asistía a fiestas y saraos, y paseaba su

gallardía y elegancia por entre la seda de los trajes acuchillados, los ampulosos tontillos, las encarrujadas y blancas golas, los severos jubones de terciopelo y seda, los ferreruelos adornados de abalorio, el ante gris de los guantes modelando la mano puesta sobre el puño obscuro de la espada, o reteniendo sobre el pecho el sombrero de larga pluma; cuando, en los salones, bajo la luz de candelabros y arañas, o en los aposentos de la Marquesa, en el momento de la charla cortesana, o en el silencio de la capilla, a la hora de la meditación y la oración, Juana de Asbaje empezó a sentir la inquietud primera de la ilusión amorosa, y a hundir su espíritu virginal en la vaguedad apasionada del ensueño, la versificadora artificiosa puso en el arabesco retórico, en el ornato verbal, un aliento de verdad, de sinceridad emotiva que encendió y vitalizó, con llamas de pasión, el culteranismo. El sentimiento se abría vereda en aquel bosque estudiadamente intrincado. El aire de un hondo suspiro rompía la frágil floresta de cristal. La mujer enamorada se imponía sobre la versificadora ingeniosa y sobre la celebrada erudita. La habilidad para rimar se puso al servicio de un amor misterioso y sin esperanza. Mostraré algunos ejemplos:

REDONDILLAS

En que describe racionalmente los efectos irracionales del amor.

Este amoroso tormento,
que en mi corazón se ve,
sé que lo siento, y no sé
la causa por qué lo siento.

Siento una grave agonía
por lograr un devaneo,
que empieza como deseo,
y pára en melancolía.

Y cuando con más terneza
mi infeliz estado lloro,
sé que estoy triste, e ignoro
la causa de mi tristeza.

Siento un anhelo tirano,
por la ocasión a que aspiro,
y cuando cerca la miro,
yo misma aparto la mano.

Porque si acaso se ofrece,
después de tanto desvelo,
la desazona el recelo,
o el susto la desvanece.

Y si alguna vez sin susto,
consigo tal posesión,
que cualquier leve ocasión
me malogra todo el gusto,

siento mal del mismo bien
con receloso temor,
y me obliga el mismo amor
tal vez a mostrar desdén.

Cualquier leve ocasión labra
en mi pecho de manera
que el que imposibles venciera
se irrita de una palabra.

Con poca causa ofendida
suelo, en mitad de mi amor,
negar un leve favor
a quien le diera la vida.

Ya sufrida, ya irritada
con contrarias penas lucho,
que por él, sufriré mucho,
y con él, sufriré nada.

No sé en qué lógica cabe
el que tal cuestión se pruebe,
que por él, lo grave es leve,
y con él, lo leve es grave.

Sin bastantes fundamentos
forman mis tristes cuidados,
de conceptos engañados,
un monte de sentimientos.

Y en aquel fiero conjunto
hallo, cuando se derriba,
que aquella máquina altiva
sólo estribaba en un punto.

Tal vez el dolor me engaña,
y presumo sin razón,
que no habrá satisfacción
que pueda templar mi saña.

Y cuando a averiguar llego
el agravio porque riño,
es como espanto de niño,
que pára en burlas y juego.

Y aunque el desengaño toco,
con la misma pena lucho,
de ver que padezco mucho,
padeciendo por tan poco.

A vengarse se abalanza
tal vez el alma ofendida,
y después arrepentida
tomo de mí otra venganza.

Y si al desdén satisfago,
es con tan ambiguo error,
que yo pienso que es rigor,
y se remata en halago.

Hasta el labio desatento
suele, equívoco tal vez,
por usar de la altivez
encontrar el rendimiento.

Cuando por soñada culpa
con más enojo me incito,
yo le acrimino el delito,
y le busco la disculpa.

No huyo el mal ni busco el bien;
porque en mi confuso error,
ni me asegura el amor,
ni me despecha el desdén.

En mi ciego devaneo,
bien hallada con mi engaño,
solicito el desengaño,
y no encontrarlo deseo.